

Hace un calor insoportable, menos mal que tengo la piscina. He decidido saltar desde el trampolín. Subo los dos escalones y me acerco al borde. Cuando me asomo, veo que la piscina parece estar a centenares de metros. Es un cuadrado azul rodeado del gris del cemento. Aterrada, intento retroceder pero mi cuerpo se niega a obedecer. Un aire fuerte empieza a soplar y literalmente me empuja fuera del trampolín. Pero no en dirección a la piscina. Y veo como el suelo se acerca a mí. Y caigo. Caigo, y alguien me llama.

—Julia, hija, despierta; que tienes una carta. Julia, despierta.

Abro los ojos. Mi madre.

—Luego la leeré, susurro. Y vuelvo a la cama. Dejo caer la cabeza en la almohada. Cierro los ojos.

Y sueño.

Estoy en clase mirando por la ventana. La clase es aburrida como de costumbre. Me desperezo, pero no me consigo espabilar. Miro embobada la pizarra y voy dando cabezazos de arriba abajo hasta que mi barbilla toca con el pecho.

Y sueño.

—Así que al final has venido, suena una voz.

Levanto la cabeza, sobresaltada. ¡El profesor! Pero no, veo a un hombre altísimo y delgado, que me hace señas con las manos. Sus dedos son largos y están descoloridos, blancos. Viste un frac negro, una camisa blanca y una pajarita, también blanca. Sobre la cabeza lleva un sombrero de copa. Extiende dos dedos de la mano izquierda y los dobla hacia sí. Quiere que le siga. No sé qué hacer, voy hacia él.

Abro los ojos. Un ruido me molesta. El teléfono. Espero unos segundos para que lo coja mi hermana o mi madre. Un timbrado, dos, al decimo timbrado me levanto. Parece que no hay nadie en casa. Qué raro. Descuelgo el teléfono.

— ¿Quién es?

Se escucha una respiración al otro lado. Una risa breve. Niños, seguramente. Cuelgo el teléfono irritada. Quiero dormir. Vuelvo a la cama y me arropo con el edredón. Me quedo tendida durante un momento mirando el techo, disfrutando de la perspectiva. Cierro los ojos.

Sueño.

En el patio hace frío, pero no es aconsejable quedarse en las clases a fumar. No es que nos importe lo que digan los profesores, pero tampoco quiero perder el tiempo en discusiones. Las nubes de vapor de mi aliento se mezclan con el humo del cigarrillo, uniéndose en una espiral que se aleja. La observo y mis ojos se quedan fijos en ella. Veo como se unen formando una hélice que se eleva. Y me voy con ella.

—Ya pensábamos que no vendrías. Y eso que es tu cumpleaños. ¿O lo habías olvidado? No, supongo que no. —el hombre de la chistera sonríe y pasa su brazo sobre mis hombros, creo conocerle pero no estoy segura.

Una mano blanca aparta unas cortinas rojas dejando ver una sala iluminada con candelabros. Estoy tras el respaldo de una silla. La rodeo y veo una enorme mesa frente a ella que se extiende al menos diez metros hacia delante. A ambos lados de la mesa descubro sin sorpresa otras sillas más pequeñas. Las criaturas sentadas en ellas me deberían asustar, pero no lo hacen. Me siento en mi silla (presido la mesa) y cruzo los brazos. Miro.

Y veo un espejo hablando con una cotorra de color amarillo.

Y veo un tapón llorando sin su botella.

Y veo a la actriz de la serie Blossom sin perder ojo a un sombrero taciturno.

Y veo una nube de tormenta que descarga rayos sobre una porra de policía.

Y veo un gorila con las manos en la cara mientras el espíritu de una vaca le habla.

Y veo a un esclavo sin cadenas brindando con un bebé con perilla.

Abro los ojos sorprendida. ¡Qué sueño más raro! Subo las persianas de la habitación para que entre el sol. Pero es de noche. Imposible, pienso. Salgo a la terraza. Es noche cerrada. Miro el reloj y son las ocho. Pero el teléfono ha sonado hace poco, imposible. Me siento en la cama, asustada. Suena el teléfono. Voy corriendo a cogerlo. ¿Diga? Escucho voces. Mis compañeras de clase. Me dicen que vaya, que el recreo va a terminarse. Cuelgo el teléfono con fuerza. ¿Qué está pasando? Vuelvo a la habitación. Estoy aterrada, me cuesta respirar. Noto el sudor caer por mi frente. Caigo sobre la cama, llorando. Cierro los ojos.

Y sueño.

Estoy en clase de nuevo. El profesor sigue con su lección. Miro a todas partes, esperando. Estaba en casa. Ahora estoy en clase. ¿Estoy soñando? No lo sé. Es tan real, miro a mi compañero. Él levanta la vista, se queda mirándome, y sonríe. Hace un gesto de burla al profesor. Abre la mochila. Miro dentro y veo una bola, una de esas bolas de regalo con un pueblo nevado dentro. Sólo que no es un pueblo. Casi logro ver lo que hay dentro, pero el profesor se vuelve hacia nosotros, y miro hacia el frente aparentando que no ha pasado nada. Se escucha un suspiro (el profesor) y sigue la clase. ¿Qué está pasando?

La clase es real. Muy real. Estoy cansada de oír hablar del tiro parabólico y la ecuación del movimiento. Hago dibujos en el cuaderno, caricaturas, garabatos, como cuando iba al colegio. La clase es interminable y me siento flotar. No sé qué ha pasado antes, tal vez no haya sido más que un sueño, y he estado caminando sonámbula. No lo sé.

Al fin suena la sirena. Recojo los libros a toda prisa y me voy a la puerta. Noto una mano en mi espalda. Es mi compañero. Me ofrece la bola. Miro en su interior. Y veo una sala con una mesa larga. Y me veo sentada, presidiendo la mesa. Y...

El gorila ha desaparecido. No sé por qué, pero me enfado y me pongo triste. El espíritu de la vaca se acerca a mí, me dice algo, una excusa. Algo de la hora. O tal vez de la anestesia. No le entiendo, se marcha. La nube está apartada mirando fijamente algo que tiene entre lo que parecen ser manos. Eso me cabrea. El tapón está cerca de la actriz y el sombrero, pero mira de un lado a otro como buscando algo. O a alguien. El bebé, el esclavo y la porra están bebiendo por su cuenta. Y el espejo y la cotorra siguen a su aire.

— ¿Te diviertes? —Escucho la voz del hombre de la chistera a mi derecha.

— ¿Quién eres? —Le pregunto. Su cara es blanca, blanquísima.

— ¿No lo sabes? Bueno, supongo que no tienes porque saberlo. En verdad no deberías saberlo, ahora que lo pienso. En fin, te he hecho una pregunta.

—No, no me divierto. No sé qué pasa. Esto es un sueño. Quiero despertar... ¡Ya! — Grito, y los invitados se quedan quietos, mirándome.

—Pero no podemos hacer esto, contesta, no podemos permitir que despiertes. ¿Es qué no lo entiendes? Si despiertas nosotros desaparecemos. Otra vez. Ya estamos cansados. Morimos al despertar. Dejamos de ser para que tú seas. No queremos que despiertes.

Empiezo a comprender.

— ¡Déjame salir! ¡Ahora!. No tenéis derecho. ¡No existís! No sois nada.

Los invitados retroceden. El hombre de la chistera grita algo, pero no le escucho. Yo grito más fuerte.

— ¡Nada! ¡Puedo destruirlos! ¡Dejaré de soñarlos!

Ahora el hombre de la chistera también retrocede, tiene la cara crispada. Veo odio en sus ojos. Odio y locura.

— ¡Dejadme ir! ¡Dejadme...

—...Ir!

— ¡Hija! ¿Te pasa algo? ¿Qué ocurre?

Mi madre. Vuelvo a estar en casa. Miro por la ventana. Es de día. Estoy despierta.

— ¡He tenido un sueño espantoso! ¡No Lograba despertarme! ¡Ha sido horrible!

Mi madre sonrío.

—No es nada, tonta. Anda levántate. Tienes que prepararte. ¿No es hoy cuando celebrabas tu cumpleaños? Ah, abre la carta. Te la he dejado en la mesa del comedor para que no la arrugaras en la cama.

Sonrío un poco. Que sueño más raro. Me doy una ducha y se va perdiendo en la memoria. Parece como si estuviera flotando. Cuando llego al comedor prácticamente lo he olvidado.

¿Qué decía mi madre? Ah, sí una carta. Está en la mesa. No tiene remite, ni está sellada. Sólo pone:

“Para Julia”

Debe ser algo de mis amigas. La abro con los dedos, rompiendo el sobre. Desdoble la carta. No hay nada escrito. Sólo un dibujo.

Un sombrero de copa.

Comienzo a gritar.